

diera que hacer para aquel momento, y desechar de su espíritu todo lo demás; no inquirir nunca lo que no tenia necesidad de saber, ni detenerse á considerar lo que solo era objeto de curiosidad, no leer sino lo que era útil para llenar bien sus deberes, y hacer con orden y moderacion aun aquello mismo que tenia que hacer, ocupándose solo de la accion presente, sin preocuparse con lo que habia precedido, ni adelantar con el pensamiento lo que debia seguirse; con moderacion, sin prestar á ello, ni el ardor desmesurado que quita la paz del alma, ni el ánsia del resultado que apasiona la voluntad.

Su entendimiento se trasladaba pacíficamente de un deber á otro, combatiendo de este modo su escesiva actividad. Por otro lado, para corregir la negligencia no concedia nunca un momento á la pereza, estando desde por la mañana hasta la noche ocupado sin descanso, como de ello tenemos prueba, no solo por los testigos de su vida que lo han declarado así, sino tambien por su prodigiosa correspondencia y sus numerosos escritos, por su asiduidad en el confesonario y en el púlpito, por su celo por la salvacion de las almas, y por sus innumerables trabajos que hemos ya referido. Por fin, para combatir la presuncion del entendimiento, se mantenía en la desconfianza de si mismo y de sus propios pensamientos, defería con gusto al parecer de los demas, le gustaba pedir consejo, y aborrecía el atrevimiento temerario de esos espíritus presuntuosos que creen saberlo todo y hablan de todo como doctores.

La modestia de la voluntad no cedía á la del entendimiento; haciéndola consistir en dos cosas, á saber, la firmeza y la condescendencia. Sin la firmeza, decia, no se tiene mas que una voluntad caprichosa, inconstante y lijera, que pasando de un deseo á otro, no sabe fijarse en nada; y sin la condescendencia no se tiene mas que una voluntad obstinada y poco razonable, que tropieza y se estrella contra todos los obstáculos; que oprime los corazones, disgusta los ánimos, echando á perder cuanto toca; y

tanto en un caso como en otro la voluntad pierde toda su modestia. Consecuente con estos principios, su voluntad firme y constante para continuar el bien, era una roca contra la cual podian venir á estrellarse las olas sin quebrantarla. No conocia los caprichos, las fantasías, ni las pueriles aprensiones; queria firmemente lo que debia querer, pero nada mas; y se prohibia severamente todo lo que no era conveniente querer. Sin embargo, no era obstinado; sabia ceder cuando la razon lo pedía, cuando el mayor bien lo requeria, y tambien cuando podia hacerlo sin inconveniente. Se sometía á sus criados para lo que no tenia relacion sino con su persona; y los que mejor le han conocido, han declarado que se hubiera sometido á un niño en las cosas que no interesaban á la gloria de Dios ó á los deberes de su cargo.

CAPITULO XIV.

Su humildad (1).

La humildad, segun la doctrina de Francisco de Sales, no es mas que la espresion de la verdad aplicada á sí mismo en todo su rigor y en todas sus consecuencias (2). ¿Qué es, en efecto, la verdad con relacion al hombre, sino la persuasion de que nosotros por nosotros mismos no somos nada, porque todo nuestro ser y todas nuestras facultades proceden de Dios, que puede retirarlas á cada instante? Una lijera alteracion en el cerebro puede hacer perder á la mejor inteligencia todo su génio, al mas sabio toda su ciencia y hasta su misma razon. La mas lijera tentacion puede derribar nuestra virtud, y el menor accidente empañar nuestra belleza; porque de nosotros mismos no tenemos nada estimable, siendo el pecado la única cosa que procede de

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 30.

(2) Conferencia sobre la generosidad, p. 82.

nosotros y que está en nosotros, fuera del cual todo es de Dios y pertenece á Dios; y porque en fin, somos por nosotros mismos incapaces de todo bien, hasta de un pensamiento ó una palabra útil para la salvacion, como lo enseña el apóstol San Pablo: «El mal que hago es verdaderamente mal y verdaderamente mio, decia el siervo de Dios á imitacion de San Hugues, y el bien que hago no es puro bien ni puramente mio (1).

De estas verdades incontestables, Francisco de Sales deducia como rigorosa consecuencia: 1.º Que no debemos estimarnos, sino tener por el contrario los mas bajos sentimientos de nosotros mismos, reservando toda estimacion y amor para Dios solo, fuente única de todo lo que es bueno. 2.º Que no debemos buscar la estimacion y la alabanza, cosas que pertenecen á Dios solo, y que solo quererlas para nosotros, sería querer la injusticia y la mentira. 3.º Que debemos amar la oscuridad, las humillaciones y los desprecios, porque tal es la condicion debida á la nada y al pecado, condicion que Jesucristo ha sido el primero en sufrir y que nosotros debemos sufrir á ejemplo suyo. De aquí, por consiguiente, este santo prelado deducia la muerte del orgullo, la ruina del amor propio, de la ambicion, de las pretensiones y de las susceptibilidades que ocasionan tanto mal en el mundo. De aquí, por último, inferia la necesidad absoluta de la humildad para salvarse. Oigámosle esponer á él mismo estas importantes verdades. «El que hace provision de virtud sin humildad, dice (2), es semejante al que lleva en sus manos un poco de polvo, que lo arrastra el viento..... La humildad moral se tiene en el conocimiento de su miseria y pobreza, mas la humildad cristiana llega hasta el amor de esta pobre y miserable condicion, hasta alegrarse por no ser nada y ser tenido por nada, por respeto á la verdad y á las humillaciones del Verbo encarnado. Los actos exteriores de

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 1.º abril.

(2) El P. la Riviere, máx. 47, p. 530.

»humildad no son la humildad, pero sin embargo le son »muy útiles; son la corteza de la virtud, y conservan su »fruto.» (1). Esta doctrina de San Francisco de Sales es la historia de su vida.

Lleno de estos humildes sentimientos que tan bien convienen á nuestra pobre humanidad, no se dejaba seducir por el amor propio. Ni la elevada nobleza de su casa, ni sus raras cualidades, ni los dones naturales y sobrenaturales que Dios habia depositado en él, ni su dignidad episcopal, unida á tanta ciencia y doctrina, ni la estimacion y veneracion de que estaba rodeado, nada podia hinchar su corazon ni alterar su modestia. «Me llaman, dijo un día (2) con motivo de una carta llena de elogios que un religioso le habia dirigido, me llaman una flor y un fénix; pero en la realidad no soy mas que un hombre vil, el mas verdadero nada de todos los nada, la flor de la miseria humana; y me aflige que este buen padre no ocupe su espíritu con alguna cosa mejor. Se elogia el bien que hacen mis predicaciones y mis escritos; pero, ¡ay! soy como un ugier de vianda, que distribuye todo á los demás y no toma nada para sí; como un laud que no oye sus propios sonidos; como la escala que sirve para que suban los otros á donde ella no va; como las muelas de las fondas, que invitan á los transeuntes á que entren á comer bien, mientras que ellas pasan la noche á la intemperie. Además, cuando estoy en el púlpito, decia haciendo alusion á su pronunciacion, que era un poco lenta y pesada, me cuesta trabajo encontrar las palabras, soy mas pesado que un tronco, sudo mucho sin adelantar nada, y me arrastro como una tortuga.» (3)

Por eso, cuando los aduladores le incensaban con sus elogios, les imponia silencio. «Señores, les decia, Francisco de Sales es un pobre hombre, que se conoce mejor

(1) Carta LXXXIV.

(2) Dep. de Santa Juana Francisca de Chantal, art. 30, p. 93.

(3) *¿Cuál es el mejor gobierno?* por el P. Binet, p. 189 y sig.

»que vosotros le conoceis; Dios sabe lo que soy.» Y refiriéndole un día que cierto prelado no cesaba de hablar bien de él: «Ese buen Señor, contestó, me daría mas gusto no ocupándose de mí; yo me conozco bien, y mi conciencia y mi confesor son dos testigos irrecusables de mis miserias.» Su humildad se mostró mas severa aún con Mr. de Belley, cuando predicando delante de él en Ancecy, se permitió repetirle la alusion algo inconveniente que habia hecho en otro tiempo á su nombre de Sales el Obispo de Saluces: «*Sal es; sois la sal con la cual toda la masa de este pueblo está sazonado, segun lo que dijo el Salvador á sus apóstoles: Sois la sal de la tierra.*» Este elogio hirió á Francisco en lo vivo de tal suerte, que al volver á su casa reprendió severamente al predicador. «Ibais tan bien, le dijo, marchábais tan rectamente que no comprendo que es lo que os ha hecho dar este mal paso, con el cual todo lo habeis echado á perder, habiendo bastado esa palabra para hacer perder el efecto de todo el sermón. ¿No sabeis que no se debe alabar á los hombres, sino despues de su muerte? Verdaderamente que soy una sal muy hermosa, una sal pasada y echada á perder, que no sirve sino para ser tirada y hollada. Ciertamente que si habeis dicho eso con el fin de producirme confusion, habeis encontrado un buen medio, pero perdonad siquiera á vuestros amigos.» (1)

«Padre mio, le dijo un día el Obispo de Belley, hablando de su paso tan atrevido por la ciudad de Ginebra en 1610, si los Ginebrinos os hubieran matado, cuanto peor os hubiesen tratado tanto mejor hubiera sido para vos, porque de un confesor hubieran hecho un mártir.—¿Y qué sabeis, contestó Francisco, si Dios me hubiera dado la constancia necesaria para conquistar semejante corona?—¿Sin duda, padre mio, querriais mas sufrir mil veces la muerte que renunciar á la fe?—Lo que debiera

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. XII.

»hacer bien lo sé, ¿pero lo hubiera hecho? San Pedro estaba mas resuelto que yo, y sin embargo, ya sabeis lo que hizo. Bienaventurado el que desconfia de su debilidad y no confia mas que en Dios: todo lo podemos cuando Él nos fortifica, pero sin Él nada podemos.» (1)

Los humildes sentimientos que Francisco tenia de sí mismo, resaltaban mas aún cuando veia la singular estimacion que todo el mundo le rendia (2). Habiéndole regalado un día cierto autor unas poesías que habia compuesto: «No creia, le contestó, que supiéseis que existia en el mundo, donde siendo verdaderamente muy poca cosa, confinado en este rincón de nuestras montañas, me tengo por invisible; pero así como las grandes luces ponen en descubierto los átomos, concibo que hayais podido verme. Mirad, decia otro día que habia recibido grandes elogios, estas personas con sus alabanzas y su estimacion me hacen cojer un fruto muy amargo de su amistad. Cuando haya muerto no rogarán por mi alma, que creerán se ha ido derecha al cielo, y eso será causa de que padezca por mas tiempo en el purgatorio: he ahí la ventaja que me resultará de esta reputacion.» (3) Es cosa admirable que este santo Obispo temiese á veces un castigo mas terrible aún que el purgatorio, siendo juzgado digno del infierno en el tribunal de la divina justicia; y á pesar de haber hecho un uso tan bueno de su vida, escribia á la santa Madre Chantal: «¡Ay! cuando pienso que he empleado todos los momentos de mi existencia en cosas de este mundo, temo que Dios no quiera darme su eternidad feliz, puesto que no quiere darla sino á los que han usado bien del tiempo (4). Me estremezco cuando reflexiono en la carga que pesa sobre mis hombros, y no puedo admirarme bastante de que Dios me la haya impuesto,

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. XIV.

(2) Carta DCCXLV.

(3) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. XIII; p. XIV, sec. XXIV.

(4) Carta DCCCLIV.

»habiendo en todas partes tantos sujetos mas dignos que
»yo de este honor.» (1)

Toda la conducta de Francisco estaba en relacion con estos sentimientos. «Observé, dice Mr. de Camus, que
»cuando recibia á alguno aunque fuera de los mas inferiores, tomaba el aspecto de un inferior que está en presencia de su superior, acogiendo, hablando, escuchando
»con la mas humilde deferencia, por mas tiempo que le
»hicieran perder é importunidad que espermentase. Someterse á los superiores, decia, es mas bien justicia que
»humildad; someterse á los iguales es amistad, cortesía,
»ó bien parecer; pero someterse á los inferiores es un acto
»esclusivo de la humildad, lo que nos dice que no siendo
»nada, debemos ponernos á los pies de todo el mundo.» Por esta misma razon las cartas que escribia á sus sacerdotes parecian mas bien de un igual ó de un hermano que de un superior. «Nunca he acertado á hacer, decia, lo
»que hacen algunos que, despues de haber sido elevados
»en dignidad, quieren hacerse honrar, y no se dignan
»cuando escriben poner al pié de la carta: «Vuestro muy
»humilde servidor,» como no sea que se dirijan á personas
»muy superiores á ellos. Por lo que á mí hace no sé distinguir de personas, todos llevan la imágen del Salvador, y
»me firmo escribiendo á todos, «vuestro muy humilde servidor;» escepto cuando escribo á Pedro ó á Francisco,
»mis lacayos, porque podian creer que me burlaba de ellos
»si me firmara así.» (2)

Habiendo reclamado un dia sus consejos un religioso en una grande afliccion que le habia sobrevenido: «¡Buen
»Dios! le escribe, ¿es posible, padre mio, que yo, que apenas he empezado aún á ser buen sacerdote, pueda instruir á santos religiosos?» (3) No se consideraba digno sino del olvido y desprecio de los hombres, y su mayor

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. VIII, sec. V.

(2) Dep. de Biard y de Desfages.—El P. la Riviere, p. 424.

(3) Dep. de Rendu.

deseo hubiera sido acabar sus dias en un lugar desconocido de todo el mundo, con el fin de ser olvidado para siempre (1). En su testamento, como lo hemos visto, pidió ser enterrado, si moria en Annecy, en medio de la iglesia de la Visitacion, con el objeto de ser hollado por los pies de todos los que entraran en ella, prohibiendo al mismo tiempo se gastase nada para la pompa de la ceremonia, ni encender mas de doce cirios delante de su ataúd (2).

«Toda mi vida, decia un dia, he deseado el lugar mas
»bajo, y temia tanto ser Obispo porque harian caso de mí,
»que era una pena para mi corazon encontrarme en una
»reunion donde no hubiese prelado al cual pudiera someterme. Por eso, si no hubiera sido por consideracion á la
»voluntad de Dios, hubiera querido mejor llevar el agua
»bendita como simple eclesiástico, para dedicarme mas
»cómodamente á la salvacion del pobre pueblo, que llevar
»el báculo en la mano y la mitra en la cabeza (3).

Llevado de este espíritu de pobreza, no permitia cuando iba por la ciudad de Annecy ú otra, que sus criados hicieran apartar á los transeuntes que se encontraban en su camino. «Son hombres como nosotros,» decia; y tomaba para sí el camino mas modesto (4). Si encontraba á algun pobre, le saludaba con un aire de bondad, y se complacia con frecuencia en hablar con él. Si le hacian algun servicio por lijero que fuese, lo agradecia con una efusion de corazon, que demostraba que en su concepto no se le debía ninguno. En fin, en todo se conocia que en su propia estimacion se ponía á los pies de todo el mundo, dejando con gusto á los demás las funciones mas brillantes y escogiendo para sí las mas oscuras, como catequizar á los niños, llevarlos en procesion por la ciudad, confesar á los criados y á las mujeres mas humildes, vi-

(1) Dep. del abad de Mouxi.

(2) Dep. de Bonald.

(3) De Cambis, t. I, p. 514.

(4) Juan de San Francisco, p. 423.—El P. la Riviere, p. 427.

sitar á los pobres y á los enfermos, oír á los aldeanos referir sus cuitas, consolarlos, terminar sus diferencias, á veces hasta servir de padrino á los niños de los trabajadores y de los artesanos; desempeñando todos estos oficios bajos con una gracia y una alegría sin igual, lo que producía un fruto admirable entre los eclesiásticos, atrayendo al cumplimiento de su deber á los mismos que estaban mas apartados de él (1).

Sin embargo, este hombre tan humilde no dejaba de ser tentado alguna vez por la vanidad. Habiendo oído un día el elogio de otro Obispo, que decían era incomparable en sus sermones, experimentó un sentimiento de envidia; pero apenas hubo notado en sí este mal sentimiento, cuando, tomándolo segun su espresion, como un inmundo reptil, le quebrantó el cuello, y en seguida llevó á este buen Obispo al seno del Padre celestial con estas humildes palabras: «Señor, dadle mil bendiciones, y hacedle cada día mas capaz de recibir vuestras santas gracias;» despues de lo cual, abatiéndose profundamente ante Dios y confesando su nada, ofreció al Señor tenerse toda su vida por un verdadero nada, y le rogó le hiciese la gracia de no consentir nunca en semejantes pensamientos (2).

Escuchémosle á él mismo referir otra tentacion de vanidad, en una carta que escribe á la santa Madre Chantal (3). «El otro día, sin pensar en ello, me vino al espíritu una tentacion, no de desear no ser eclesiástico, pues esto hubiese sido demasiado grosero, sino que porque un poco antes, hablando con personas de confianza, habia dicho que si estuviera aún libre y fuera heredero de un ducado, escojeria á pesar de eso el estado eclesiástico, me sobrevino una lucha en el alma entre el sí y el no, que duró algun tiempo. Veia segun me parece, allá abajo, muy abajo, en lo mas profundo de la parte inferior de

(1) Dep. de Biard.

(2) Meditaciones de la Madre Chaugy.

(3) Carta CXLI.

»mi alma, este sentimiento de amor propio, que se hincha-
»ba como un sapo. Me burlé de él, y no quise siquiera pen-
»sar que pensaba en ello, con lo cual se desvaneció como
»humo y no lo volví á ver mas. ¡Oh, Señor, dije enton-
»ces (1), salvadnos! Mandad á estos vientos de vanidad que
»cesen, y volverá la paz. Cuando estoy al pié de la cruz,
»¡oh Dios! mi alma está en paz, pero apenas me he aleja-
»do de él un paso, el viento sopla de nuevo.»

Pero no solo el santo Obispo se elevaba por medio de su humildad sobre los honores y alabanzas, sino que sabia tambien, cosa todavía mas difícil, sufrir con una paz perfecta el desenfreno de las malas lenguas contra su persona. Cuando iban á referirle el mal que algunos espíritus críticos decían contra él: «¿No dicen mas que eso? respon-
»dia, pues ciertamente no lo saben todo: aún me adulan y
»me tratan con indulgencia. Bien veo que tienen mas com-
»pasion de mí que envidia, y que me creen mejor de lo que
»soy. Sí, ciertamente, Dios sea bendito, es preciso corre-
»girse. Si no merezco ser reprendido por eso, lo merezco
»por otras cosas.—¿Pero acaso, le decían, no es preciso ser
»muy malo para prorumpir contra vos en tan falsas cen-
»suras?—Eso es un aviso que me dan, replicó, para que
»me guarde de hacer lo cierto, y me hacen un favor avi-
»sándome para que evite semejante escollo.» Cuando veía que se irritaban contra los calumniadores: «¡Oh! decía,
»¿os he dado yo poder para que os irriteis por mí? Dejad-
»los que hablen; esa es una cruz de palabras que lleva el
»viento, y se necesita ser muy delicado para no poder su-
»frir el zumbido de una mosca. ¿Quién os ha dicho que
»soy irreprochable? Quizás ven ellos mis defectos mejor
»que yo y que los que me aman. Muchas veces miramos
»como calumnia la verdad que no nos agrada; y despues
»de todo ¿qué mal nos hacen los que tienen mala opinion
»de nosotros? No son adversarios sino auxiliares, que se
»unen á nosotros para destruir nuestro amor propio, que

(1) *Espiritu de San Francisco de Sales*, p. XVII.